

Testimonio de Carmen Elina Aguiar de Lapacó

Entrevista realizada en la Biblioteca Nacional

4 de julio de 2013

Programa de Derechos Humanos y Departamento de
Comunicación, Biblioteca Nacional Mariano Moreno.



Biblioteca Nacional
Mariano Moreno

Carmen Elina Aguiar de Lapacó: Mi nombre es Carmen Elina Aguiar, soy sanjuanina, nací en San Juan Capital. Luego nos vinimos a vivir a Buenos Aires. Mi marido era periodista y lo contrataron en Canal 7. Mi hija, Alejandra Lapacó Aguiar, cumplió los 3 años acá en Buenos Aires, de manera que siempre fue más porteña que sanjuanina, pero ella nunca perdió el contacto con los sanjuaninos. Amiga que tenía, amiga que la llevaba a San Juan.

Entrevistador: Me estabas contando que eras docente, ¿qué enseñabas?

Carmen Elina Aguiar de Lapacó: Docente de Educación Física, porque cuando me recibí de maestra quería seguir Abogacía, pero en mi época, hace noventa años atrás, había que ser bachiller para poder entrar a la universidad. Entonces rendí las materias para entrar a la universidad, que, en realidad, se estudiaba en Córdoba, porque San Juan todavía no tenía universidad. Y bueno, rendí el bachillerato y en el 44 hubo un gran terremoto en San Juan que destruyó todas las casas, todo, y por supuesto, el mandarme a Córdoba era un gasto que mis padres no podían afrontar. Mi padre, al ser abogado, se quedaba sin trabajo en esa época, no había plata suficiente para hacerlo. Pero yo, como soy medio independiente, leí en el diario —porque en mi casa nunca faltaba el diario, un diario de San Juan y un diario de Buenos Aires, no tendríamos para comer, pero para diarios sí— que había una beca por cada provincia, y sin decirle nada a ellos me inscribí y teníamos que venir acá a Buenos Aires a rendir. Un día llega mi padre, yo estaba reunida con unas amigas y me dice “te ha llegado esto”, era el pasaje para venir a rendir a Buenos Aires. Entonces, se portó muy bien mi padre, me acompañó acá a Buenos Aires. Nos presentamos tres sanjuaninas, la que ganó la beca fui yo y me recibí de profesora de Educación Física.

¿Vinieron a Buenos Aires?

Vinimos a Buenos Aires y estudié Educación Física. Eso no era lo que yo había pensado, después me gustó mucho la profesión y la docencia, pero quiero decir que en mis sueños no estaba ser profesora de Educación Física, ni se me había ocurrido.

Vienen a Buenos Aires, ¿y tu marido?

Me casé en San Juan. Cuando vine a vivir a Buenos Aires fue porque mi marido era periodista y vino a trabajar a Canal 7, y como al marido hay que seguirlo, vine para acá. Alejandra cumplió los 3 años acá, de manera que toda su vida fue acá. Mi hija se llamaba Alejandra Mónica Lapacó Aguiar y es esta que tengo acá en el pecho (Se señala el pecho).

¿Cómo fueron esos años?

He vivido la felicidad y la infelicidad. La felicidad fue tener un matrimonio unido y una hija maravillosa. Siempre me dicen: “¿Por qué has tenido una sola hija?”. Antes de Alejandra tuve dos pérdidas de hijos y otra después. Y la doctora me dijo que no encargara más porque peligraba mi vida y ya tenía que criar a la hija que había tenido. De manera que se cerró la fábrica.

¿Qué estudió Alejandra?

Estudió el secundario en el Colegio Lenguas Vivas, se recibió ahí y empezó Antropología. Fue ahí cuando la secuestraron, estudiando Antropología, porque claro, para la dictadura todas esas carreras como Antropología o Sociología eran malas palabras.

¿Militaba tu hija?

Mi hija militaba en la JUP, Juventud Universitaria Peronista.

¿Cómo fue el día que la secuestraron?

C: Estábamos cenando, un sobrino mío de San Juan había venido a rendir las últimas materias que le faltaban para recibirse de abogado y se iba al día siguiente. Entonces estaba Alejandro, mi sobrino; mi mamá; Alejandra, mi hija; Marcelo Butti Arana, que era el noviecito de Alejandra; y yo. Era una mesa de risas, de chistes, los chicos jóvenes se hacían unos chistes entre ellos que uno se tenía que reír... En eso suena el timbre y digo: “Me parece que es acá, o ¿será en el departamento de arriba?”. Porque era chico, se sentían los timbres de arriba y de abajo. Sonó muy despacio, entonces fui a ver y digo: “No hay nadie”, porque se veía oscuro, y les grito a los chicos: “No, no hay nadie”. Y me dicen: “Fuerza Conjuntas en acción, si no abre tiramos la puerta”. Entonces los chicos me gritaron que abriera. En ese momento entraron hombres fuertemente armados, me revolviaron mi casa, robaron lo que quisieron y nos llevaron a los cuatro: a Marcelo, a Alejandra, a Alejandro mi sobrino y a mí. Después de tres días de estar desaparecida y de que estuviéramos tirados en esos pozos en el piso, sucios y que sé yo, nos dejaron en libertad a Alejandro y a mí.

¿Cómo fueron esos momentos en los que conviviste en ese lugar?, ¿que era cuál?

Era el que llamaban Atlético. Muchas veces me la gente ignorante me preguntaba: “¿Y hacían gimnasia?”. Estábamos ahí y sentía que Alejandra venía llorando. El llanto de la hija uno lo reconoce. Estábamos vendados con las manos atadas. Entonces yo grité: “¡Agua!”, y Alejandra dijo: “¡Mi mamita, mi mamita está acá!”. Ella nunca me decía “mi mamita”, pero esta vez parece que había regresado a cuando era chiquita, y decía: “Mi mamita, mi mamita esta acá, y me habían dicho que ya no la tenía más”. A raíz de que yo grité “Agua”, Marcelo dijo “Agua”, Alejandro dijo “Agua”, lo dijimos para que supiésemos que estábamos en el mismo lugar todos. Bueno, cuando llegó Alejandra así, no sé, estábamos como en unos cubículos de más o menos este tamaño (señala), y teníamos que estar apoyadas en la pared con las piernas para afuera, pero yo me ponía de panza, de cúbito ventral diré, y me ponía así (muestra que apoyaba la frente sobre las palmas de las manos) y con estos dedos (los pulgares) me levantaba la venda y mirada. Cuando sentía pasos, los bajaba y me quedaba así nomás (con la venda en los ojos), pero así es como yo miraba dónde estaba uno. En un momento dado —a todo esto ya había pasado bastante tiempo— vi que los zapatos de mi hija aparecían en uno de esos cubículos, pero con pantalones, y ella estaba de vestido en casa, de manera que miro y veo que era Alejandra, paso las manos y la toco. Pegó un grito desesperado, entonces yo le dije: “Soy tu mamá”. Salió un poco y nos abrazamos. Fue el último contacto que tuve con ella. Y vinieron, la sacaron de ese lugar y ya nunca la volví a ver.

¿Vos saliste a los pocos días?

A los tres días salí. Lo que recuerdo es que nos dejaron en La Boca, el señor que nos llevaba decía: “Ay, que nos hacen venir de la provincia para acá”, como para que nosotros no nos diéramos cuenta donde nos dejaban. Me acuerdo que nos dejaron a Alejandro y a mí en una calle muy oscura, pero se veía a lo lejos una luz. Le dije: “Andá Alejandro a ver dónde estamos”, porque nosotros creíamos que nos iban a matar, sinceramente, porque cuando nos bajamos nos hicieron sentar en el suelo y uno dijo “retrocedan, retrocedan”. Me acuerdo que cuando nos subieron al auto pregunté: “¿Y mi hija Alejandra? Yo no subo si no viene mi hija”. “Va en el auto que viene atrás”, me contestaron. Les tuve que creer a la fuerza. Y nos hicie-

ron salir ahí y sentar en el piso, y me acuerdo que Alejandro decía “acá nos matan”. Bueno, arrancaron. Le dije: “Mirá, si nos van a matar...”, y me saqué la venda, pero el auto ya había arrancado. Fuimos a averiguar dónde estábamos, era en La Boca. Nos tomamos un micro, la gente nos miraba con una cara, después me di cuenta: yo, grande, una persona grande con un muchachito joven, todos llenos de tierra, tirados así, ¿qué habrán pensado? Porque la gente nos miraba. Alejandro me decía “mirá cómo nos miran”, él creyendo que eran todavía de los otros, pero era gente común que viajaba a eso de las tres, cuatro de la mañana, que irían a trabajar, ¿no? Y ahí llegamos a casa, yo no tenía la llave de afuera, ah, habían dejado al lado mío diez pesos, y pudimos viajar desde nos dejaron hasta mi casa.

¿En qué barrio vivías?

Vivía en Marcelo T. de Alvear 934, entre Carlos Pellegrini y Suipacha, pleno centro. Cuando llegamos, tampoco tenía la llave de ahí, pero la casualidad, un dentista que vivía ahí iba saliendo con la novia de la casa, eran las cuatro de la mañana me acuerdo, entonces me abrió, siempre fue un muchacho joven muy atento conmigo.

Inmediatamente empezaste a buscarla, a hacer hábeas corpus, ¿cómo fue?

Yo empecé primero a hacer la denuncia en el Ministerio del Interior. En el Ministerio de Interior, para sacarte de ahí, te decían: “No sé, ¿habrá ido con el novio?, ¿no se habrá ido afuera? ¿Usted no conoce las amistades de ella?, ¿por qué no nos da las direcciones?”. Pobres las personas que con su ilusión habrá dado direcciones de gente, de chicos. Siempre pensé eso. “No, no conozco a nadie”, siempre frenándolos. No sé por qué sería, seguramente porque me daban desconfianza, porque veía que en vez de escucharte hacían preguntas que no correspondían, y vos sabés que había en el Ministerio del Interior un montón de gente que íbamos a hacer denuncias, pero eran en vano, lo mismo pasaba con los *hábeas corpus*, todos fueron rechazados. El único que no me lo rechazó, pero que fue lo mismo que si me lo hubiera rechazado, fue el juez Sarmiento, que era sanjuanino. Como nosotros somos una familia conocida de San Juan me imagino que por eso lo siguió un poco.

¿Cuándo conocés a las otras madres?

Un día me dicen “hay un grupo de mujeres que se reúne en la Plaza de Mayo, no sé si los miércoles o los jueves en la tarde”. El primer día fui un miércoles, por supuesto que no había nadie. El segundo día tampoco veo a nadie, que era un jueves, cuando en eso veo a una mujer que pasa... Ustedes saben que está la estatua de Belgrano, que es la estatua a la bandera, vi que se ponía ahí. Entonces yo la seguí y fui a ver eso, y en general seríamos doce o trece madres, y ahí estaba Azucena que era la madre que tuvo la idea de que fuéramos a la plaza, así que creo que más o menos cuando me acerqué ahí éramos unas quince madres, más o menos, no me acuerdo exactamente el número, pero éramos un grupito chico. Me acuerdo que se me arrima una y me dice: “¿A quién tenés desaparecido vos?”. Con un poco de desconfianza que estas mujeres me preguntaran le digo: “¿Y cómo sabes vos que tengo un desaparecido?”. “Por la cara de tristeza que tenés, yo también tengo”, después nos hicimos íntimas amigas.

¿Quién era?

Tita Maratea, que murió hace muchos años. Bueno, como somos mujeres grandes se van muriendo, quedan muchas madres en el camino. Y de ahí empezamos, estaba Azucena Villafior, que fue secues-

trada, estaba Careaga y la otra que no me puedo acordar el nombre, las tres madres que se las llevaron. Y bueno, al jueves siguiente, porque habíamos quedado en ir los jueves, éramos poquísimas madres, muchas se asustaron y no volvieron. Decíamos las que fuimos: "Si no vamos, si cortamos ahora y no vamos van a decir que las otras son culpables". Entonces para tratar de salvarlas y salvar el movimiento fuimos. Era un grupo chico el que había vuelto, y después volvió a aumentar y aumentar y fue bastante grande.

Carmen, ¿cuándo comenzás en el CELS?

Emilio Mignone tenía la hija desaparecida, yo me hice muy amiga de Chela, la esposa de Emilio. Cuando crean el CELS, Emilio Mignone, Augusto Conte, Boris Pasik y no me acuerdo quien más, eran cuatro abogados, yo estaba en la casa de Emilio con Chela, y bueno, les faltaba una secretaria y no había plata para pagarle, y entonces digo "yo puedo ser la secretaria". En mi vida había sido secretaria, pero había que hacer que siguiera esto, y así fue cómo empecé con el CELS.

¿Estaba también Zamora y Jorge Baños?

No, después, cuando no teníamos abogados. A Zamora lo trajo Augusto, a Parrilli lo trajo Emilio y después vino Jorge, los dos primeros fueron Zamora y Parrilli. A Parrilli lo trajo Emilio, porque era el hijo de los encargados del edificio de él y se acababa de recibir de abogado.

Trabajabas en el CELS y, mientras tanto, ¿seguías en el movimiento con las Madres?

Claro, los jueves era infaltable ir, y bueno, de todas maneras, no me hubieran hecho quedar ahí si no hubiera sido gente que estaba en lo mismo.

¿Has viajado al exterior?

Sí, he hecho varios viajes, sobre todo con María Adela Gard de Antokoletz porque nos entendíamos muy bien. Hicimos un viaje a Europa que la habían invitado a María Adela y me acuerdo que dijo "a mí me gustaría ir con Carmen" cuando estábamos reunidas las madres. Y bueno, te imaginás, para mí ir con María Adela, por el respeto y todo lo que yo le tenía, fue como la gloria. Y fuimos, recorrimos Europa. Estuvimos en Inglaterra, Francia, España, Alemania, y yo me acuerdo que en Alemania nos reunieron en una de esas iglesias protestantes. Y estaban todas las mujeres tejiendo, y le digo a María Adela: "Hablamos nosotros y siguen tejiendo". ¿Qué era lo que les pasaba? Se ve que era una costumbre de allá. Cuando vemos estaban llorando y una dice: "Esto es igual que los nazis". Lo que nos había pasado a nosotros era igual que los nazis.

¿A quiénes iban a ver en esos viajes? ¿A embajadas? ¿Adónde iban?

No, a la Embajada Argentina por supuesto que no. Íbamos a lugares, sobre todo si era España o era Francia, en los que vivían muchos argentinos que se habían tenido que ir al exterior. Ellos nos organizaban lugares adonde asistir e íbamos donde nos decían, porque pagaban los viajes. Todos los que se habían tenido que ir les pagaban los viajes a las Madres. Yo viajé mucho, como te digo, con María Adela, porque nos entendíamos muy bien y estuvimos haciendo las denuncias siempre como correspondía. Por ejemplo, en España estaba la hija de María Adela, porque cuando desaparece su hijo, ella hizo que su otra

hija se vaya al exterior. Me acuerdo que lo nombraban “el exilio brillante”, cuando decían que los que se habían ido tenían un exilio brillante... Mentira, era un exilio pobre, bien pobre, hasta me acuerdo que, en España, en la casa de María Adela hija tenían dos sillas nada más y vivía con una chica que se llamaba Berta, que igual que ella se había tenido que ir al exterior. Un día me encuentro en la calle una silla y me fui a llevarle la silla hasta la casa.

Carmen, ¿cómo es el trabajo de la comisión de recuperación del Atlético, el centro clandestino en el que estuviste secuestrada?

En el Atlético no hubo una comisión de recuperación, hubo una comisión donde hablábamos sobre el Atlético. Es decir, primero nos juntábamos un grupo en el que estaba Ana María Careaga, Miguel, bueno, nos reuníamos nosotros. Dábamos los datos, todas esas cosas que se hicieron cuando ya se pudo, y cada uno tenía un recuerdo o alguna cosa del lugar que señalar.

¿Iban reconociendo el lugar?

Yo no podía volver más al lugar donde estaba el Atlético, porque me hacía sentir mal que yo hubiera salido y que mi hija hubiera quedado ahí. Pero un día me dije “ya ha pasado el tiempo” y vino un inglés, y me llevó al Atlético y me hizo entrar para que contara las cosas, cuando ya estaban más o menos recuperándolo. Ahora creo que hay una plaza, yo ya no volví más, no quise volver más.

¿Cómo ves el tema de los juicios hoy?

En los juicios del ABO, Atlético y Banco Olimpo, yo fui testigo por el Atlético. Estuve dos horas y media declarando. Es un sufrimiento declarar, pero también es una necesidad a la que uno no tiene que negarse nunca, porque ahí uno puede sacar todo lo que tiene adentro y puede decirlo, esto paso cuando llegaron los juicios. Me acuerdo que cuando terminé de declarar, le digo a la persona que en Tribunales me llevaba para salir: “Tengo ganas de llorar, tengo ganas de llorar”. Y me contesta: “Llore, señora, llore”. Y voy llegando, llego a la puerta donde tenía que salir y estaban las dos juezas esperándome, ellas llorando y yo llorando. Así que son minutos fuertes en la vida de uno, pero necesarios. Y las veces que fue necesario que contara la historia, que hablara, lo hice tranquilamente para que nunca más vuelva a suceder, que nunca más haya dictadura militar. Por eso cuando veo un uniforme, aunque sea de barrendero, no quiero saber nada, porque verdaderamente es muy terrible.

Para terminar, Carmen, ¿te gustaría brindarnos un mensaje para algún joven que pueda ver el día de mañana esta entrevista tuya?

A los jóvenes les diría que no pierdan sus ideales, que no los asusten con lo que hicieron, que luchen por una Argentina mejor con jóvenes militantes y con gente que comprenda que no tiene que haber nunca más dictaduras cívico militares, porque recordemos que no solamente eran militares, sino que los empresarios y todos esos eran cómplices.